

## DISCURSO DE ALICIA BÁRCENA

Secretaría Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)  
en la ceremonia de inauguración del trigésimo tercer período de sesiones de la Comisión,  
Brasilia, 30 de mayo de 2010

Excelentísimo Señor Embajador Pedro Carneiro de Mendoza, Subsecretario General de Asuntos Económicos y Tecnológicos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil  
Estimados Jefes y Jefas de delegación de los Estados miembros de la CEPAL  
Señor Enrique Iglesias, Secretario General de la Secretaría General Iberoamericana  
Señor José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de los Estados Americanos  
Señor Heraldo Muñoz, Administrador Auxiliar y Director Regional para América Latina y el Caribe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)  
Señores y señoras representantes de los organismos internacionales  
Señores y señoras representantes de las organizaciones no gubernamentales  
Autoridades nacionales  
Miembros del cuerpo diplomático  
Estimados Gert Rosenthal, José Antonio Ocampo y José Luis Machinea, ex secretarios ejecutivos de la CEPAL que, como ya es tradición, nos acompañan en esta ocasión, junto a Enrique Iglesias.  
Estimado Antonio Prado, Secretario Ejecutivo Adjunto de la CEPAL  
Queridos y queridas colegas de la CEPAL  
Amigos y amigas

Inicio mis palabras con un gran agradecimiento al Brasil. Gracias por su apoyo para llevar a cabo este período de sesiones, la reunión más importante del ciclo bienal de actividades de la CEPAL. Nos reunimos en esta espléndida ciudad de Brasilia, nacida del genio de Lucio Costa y Oscar Niemeyer, pero, por sobre todo, hija del liderazgo de Juscelino Kubitschek; una ciudad que al cumplir recientemente 50 años hace renacer el mejor símbolo de la capacidad humana de proponerse metas ambiciosas, alcanzarlas y, principalmente, de mantener el rumbo a partir de nuevas estructuras.

Quiero agradecer a todas las delegaciones que se han hecho presentes en esta ocasión, dado que su participación es esencial para nosotros. Ustedes son nuestros mandantes y este es el momento en que la Secretaría necesita y desea escuchar su voz.

Como muchos de ustedes saben, el período de sesiones es la instancia intergubernamental más importante para la orientación del trabajo de la Comisión. Esta es la ocasión en que nuestros Estados miembros tienen la oportunidad de conocer la labor realizada en los últimos dos años y definir, mediante la aprobación del programa de trabajo y el calendario de conferencias, los mandatos que servirán de guía para las futuras actividades de la Comisión. Esta es también la oportunidad para que sesione, como es tradicional, el Comité de Cooperación Sur-Sur.

Estimados amigos y estimadas amigas

En 2008 se cerró una etapa de cinco años de expansión económica de América Latina y el Caribe, sin precedentes en los últimos 40 años. En los países no solo se registró un crecimiento económico constante y un descenso de los niveles de pobreza, sino también una mejora de algunos aspectos significativos de la gestión macroeconómica y una reducción de la vulnerabilidad externa.

En el primer semestre de 2008 la región se vio golpeada por el aumento de los precios mundiales de la energía y los alimentos, que anuló algunos de los beneficios logrados en los últimos años, como la mejora de los términos del intercambio de distintos países, y afectó seriamente a los sectores más pobres de la región.

Más tarde, el colapso del sector financiero en los países industrializados, que se expandió rápidamente a todo el mundo a través de los canales de la economía real, provocó la peor crisis económica internacional en más de medio siglo, con graves consecuencias para América Latina y el Caribe. Si bien la mayoría de los países de la región estaban mejor preparados para enfrentar las consecuencias adversas del marcado empeoramiento económico, gracias a las sólidas prácticas de política implementadas en años anteriores que se tradujeron en el aumento de las reservas de divisas, los superávits fiscales y la reducción de la deuda, no fueron inmunes a los choques externos ni a los efectos de contagio que se transmitieron a través de la drástica reducción de los flujos de comercio e inversión y el rápido deterioro de las condiciones de financiamiento en los mercados internacionales.

Como resultado, la región tuvo un crecimiento negativo en 2009 y México y Centroamérica pagaron los costos más elevados a causa de su interdependencia y sus fuertes vínculos con la economía estadounidense. Los efectos de la crisis también se hicieron sentir en los indicadores sociales, ya que el número de personas pobres aumentó unos nueve millones en 2009, al tiempo que las condiciones del empleo empeoraron y la informalidad creció, sobre todo en los grupos más vulnerables, como los pobres, las mujeres y los jóvenes. A fines de 2009, diversos indicios de recuperación permitieron alentar la esperanza de que el crecimiento económico retornaría en 2010, pero las persistentes condiciones de vulnerabilidad de la economía mundial, cuyas noticias llegan desde Europa, encienden preocupantes luces de alerta. Al igual que en crisis anteriores, se prevé que la recuperación de los sectores sociales lleve más tiempo que la de los sectores económicos y que el retorno a los niveles de pobreza previos a la crisis requiera el doble de esfuerzo.

En esta coyuntura la CEPAL reaccionó con rapidez proponiendo medidas anticíclicas para reducir el impacto de la crisis, asegurar las fuentes de empleo y, sobre todo, redefinir el rol del Estado para ajustarse a la nueva normalidad que, según se prevé, prevalecerá luego de superada la crisis. Además, reimpulsamos el debate sobre la reforma de la arquitectura financiera internacional, cuestión que la CEPAL planteó tempranamente tras la crisis asiática.

Estas ideas y propuestas de política se plasmaron en diversos estudios y publicaciones, entre los que quiero destacar el documento titulado *La reacción de los gobiernos de las Américas frente a la crisis internacional: una presentación sintética de las medidas de política*, que ha sido periódicamente actualizado y que gozó de la atención preferente de importantes audiencias de la región y de fuera de ella.

A pesar de las urgencias que generó la crisis, mantuvimos nuestra atención en varios otros temas, como la financiación para el desarrollo (seguimiento del Consenso de Monterrey), la crisis alimentaria y energética, la economía del conocimiento, la cohesión social, la integración y el desarrollo y el cambio climático. Asimismo, desplegamos un importante esfuerzo para apoyar el diseño y la formulación de políticas públicas sectoriales y catalizar el debate en torno a ellas mediante publicaciones emblemáticas como el *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*, el *Panorama social de América Latina*, el *Estudio económico de América Latina y el Caribe*, el *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe* y la *Inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe*, así como por medio de la organización de foros, talleres, seminarios y reuniones de expertos y nuestra participación y apoyo en varias cumbres regionales, como la Cumbre de las Américas, la de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y las dos Cumbres de América Latina y el Caribe sobre integración y desarrollo celebradas en Bahía y en Cancún.

Por último, debo destacar nuestro liderazgo en la coordinación de la labor de fondos, programas y organismos especializados del sistema de las Naciones Unidas con presencia en la región, mediante actividades como la reunión del Mecanismo de coordinación regional, organizada en 2008 con el propósito de fortalecer la cohesión y la sinergia en la labor de la organización, en que se presentaron las publicaciones *Objetivos de Desarrollo de Milenio. La progresión hacia el derecho a la salud en América Latina y el*

*Caribe y Objetivos de Desarrollo del Milenio: avances en la sostenibilidad ambiental del desarrollo en América Latina y el Caribe*, así como el análisis del impacto de la crisis financiera en la región.

Señores delegados y señoras delegadas

La crisis puso en evidencia los déficits estructurales que siguen obstaculizando el desarrollo de los países de América Latina y el Caribe y planteó interrogantes sobre su capacidad para enfrentar los problemas más acuciantes y las nuevas realidades de la agenda de desarrollo sostenible a largo plazo.

Nos preocupa la capacidad de nuestros países para hacer frente al nuevo escenario internacional. Ya se sabe que, muy probablemente, este se caracterizará por un crecimiento más lento de la economía global y menores niveles de desarrollo económico en los países en desarrollo, la reducción de los flujos del comercio mundial tras la aparición de nuevos obstáculos para el comercio, un acceso más restringido y selectivo a mercados financieros internacionales, que serán menos florecientes, y nuevas dinámicas del mercado de trabajo, sobre todo una posible recuperación sin mayor creación de empleo.

Asimismo, nuestros países demostraron una limitada capacidad para mitigar los efectos del deterioro económico, ya sea mediante la aplicación de políticas contracíclicas o la mejora del acceso al financiamiento en los mercados financieros nacionales e internacionales, lo que puso en evidencia la debilidad de sus estructuras. En términos de competitividad, los atrasos en materia de innovación y productividad aún representan un obstáculo fundamental para el éxito de las estrategias de crecimiento económico con igualdad. La debilidad de los cambios estructurales, una escasa diversificación de la producción y un limitado desarrollo del sector tecnológico y de los sectores que hacen un uso más intensivo del conocimiento, harán a la región vulnerable al constante rezago respecto del resto del mundo y a la ampliación de las brechas de productividad con otras regiones.

Es necesario avanzar mucho para aumentar la competitividad en áreas tan importantes como la infraestructura, la logística y la facilitación del comercio, reducir las asimetrías entre los sectores productivos y sacar provecho de las nuevas oportunidades en las cadenas de valor mundiales, así como promover lazos comerciales y de inversión más estrechos con nuevos socios, como la región de Asia y el Pacífico. La creación de empleo de calidad debe complementarse con políticas sociales que mejoren el acceso a la educación y los servicios sociales y su calidad a fin de reducir las desigualdades, promover el desarrollo humano, aumentar la productividad y brindar una respuesta directa a las distintas necesidades sociales y económicas, al tiempo que se refuerza la igualdad y la cohesión social y el respeto por los derechos humanos.

Otros problemas estructurales persistentes, como la pobreza y su transmisión intergeneracional, la desigualdad en materia de ingresos, los sistemas tributarios regresivos, los efectos del rápido cambio demográfico y la seguridad ciudadana, por mencionar algunos, plantean necesidades adicionales de gasto público social, reformas sociales y una agenda de desarrollo compartida por todos los actores de la sociedad. Los desafíos más recientes a nivel mundial, como el cambio climático y la necesidad de desarrollar economías con menores emisiones de carbono, exigen la urgente formulación e implementación de nuevas estrategias para fomentar la adaptación, la mitigación y la reducción del riesgo, aumentar la eficiencia energética e impulsar una amplia utilización de energías renovables.

También requieren mayores esfuerzos de colaboración e integración entre los países de la región para enfrentar los desafíos globales comunes con una perspectiva regional y en un marco multilateral. El diseño y la puesta en marcha de estrategias de desarrollo en el contexto posterior a la crisis suponen un enfoque completamente nuevo de la gobernanza y el desarrollo a largo plazo, renovadas prácticas de gestión pública y nuevas formas de colaboración entre los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil.

Es necesario realizar un profundo análisis del papel de las instituciones y de la regulación de los mercados y redefinir el rol del Estado para generar las condiciones adecuadas que lleven a la región hacia un nuevo camino de desarrollo sostenible con igualdad.

Sobre la base de estas preocupaciones hemos elaborado nuestro programa de trabajo, que en la siguiente sesión tendrán oportunidad de examinar y que, con el apoyo de ustedes, ejecutaremos en el próximo bienio.

Amigos y amigas

Hoy nos reunimos en el Brasil, alentados por una prudente ambición. Pensamos que es esta, y no otra, la hora de la igualdad, la hora de mirar de frente nuestras debilidades y fortalezas y, a partir la experiencia acumulada en décadas gloriosas, en décadas perdidas o en años de doloroso aprendizaje, tomar la decisión de cerrar brechas centenarias y abrir caminos para que nuestros ciudadanos no solo tengan derecho a un futuro mejor, sino que, por fin, conquisten un derecho al presente.

¿Por qué hacemos nuestro el valor de la igualdad en la actual inflexión histórica?

Las respuestas son varias: algunas hunden sus raíces en los orígenes de nuestras naciones, otras se proyectan hacia el futuro.

En efecto, la desigualdad recorre cinco siglos de discriminación racial, étnica y de género, con ciudadanos de primera y segunda categoría y la peor distribución del ingreso del mundo. Vuelve a golpearnos en décadas recientes con la exacerbación de la heterogeneidad de las oportunidades productivas de la sociedad, el deterioro del mundo del trabajo y el segmentado acceso a la protección social, y la volvemos a reconocer en las asimetrías frente a la globalización.

Sin embargo, cuanto más la desigualdad recorre nuestra región, más intenso es el anhelo de igualdad, sobre todo cuando la historia se quiebra en su continuidad, el mundo entra en crisis y el futuro reclama un punto de inflexión. De este modo, la crisis iniciada en 2008 a escala global es un momento en que la igualdad aparece nuevamente como valor intrínseco del desarrollo que buscamos. Al confrontar las brechas, la sociedad migra de lo individual a lo colectivo y busca suturar las heridas de la desigualdad hilvanando el hilo de la cohesión social.

La agenda de igualdad que venimos a proponer a nuestros gobiernos se afirma en los siguientes pilares.

La igualdad de derechos, que brinde el marco normativo y la base para forjar pactos sociales que se traduzcan en más oportunidades para quienes menos tienen.

Un pacto fiscal que procure una estructura y una carga tributaria con mayor impacto redistributivo, capaz de fortalecer el rol del Estado y la política pública para garantizar umbrales de bienestar, así como una institucionalidad laboral que proteja la seguridad del trabajo.

Un orden democrático en que la orientación del desarrollo plasme la voluntad de la mayoría y haga posible la concurrencia de todos los actores, y un conjunto de políticas económicas que se apliquen con visión de largo plazo en el ámbito productivo, laboral, territorial y social y que procuren no solo la igualdad de oportunidades, sino también la reducción de las brechas en materia de logros efectivos.

La igualdad social y el dinamismo económico no están reñidos entre sí y el gran desafío es encontrar las sinergias entre ambos. Lo que planteamos es que hay que crecer para igualar e igualar para

crecer. En el horizonte estratégico de largo plazo, igualdad, crecimiento económico y sostenibilidad ambiental tienen que ir de la mano.

Por eso proponemos crecer con menos heterogeneidad estructural y más desarrollo productivo e igualar potenciando capacidades humanas y movilizándolo desde el Estado. Proponemos remediar las tremendas disparidades espaciales mediante sociedades más integradas en torno a dinámicas productivas, con sinergias sociales y territoriales positivas. Proponemos también fortalecer la protección de las personas mejorando tanto los mercados laborales como las transferencias y la gestión pública.

Por último, en la consideración del valor de la igualdad y la manera en que se conjuga con el crecimiento, no puede dejarse de lado el cambio climático, un factor que determina marcadamente el futuro de todos. Igualdad significa, en este sentido, solidaridad con las generaciones venideras que vivirán en un escenario más incierto y con mayor escasez de recursos naturales. Significa, además, abogar por la celebración de acuerdos internacionales para mitigar los efectos del cambio climático de modo tal que se respete el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas, y no sean los pobres ni los países pobres quienes terminen asumiendo los mayores costos de este cambio. Significa pensar en el paradigma del desarrollo en función de un vínculo más humanizado entre todos y un vínculo más amable con la naturaleza.

En el ámbito político el Estado juega un rol protagónico al cual no puede renunciar. Se trata de velar por más democracia y más igualdad, dos caras de la moneda de la política. Respecto de la democracia, el Estado debe procurar mejorar la calidad de la política en sus procedimientos, promover agendas estratégicas que reflejen la deliberación de un amplio espectro de actores y velar por que la voluntad popular se traduzca en pactos que brinden legitimidad política y garanticen políticas en el mediano y largo plazo. En materia de igualdad el Estado debe ocuparse de incrementar la participación de los sectores excluidos y vulnerables en los beneficios del crecimiento. El ejercicio pleno de los derechos y de una voz pública constituye el vínculo entre la política y la igualdad social.

Es preciso contar con políticas de Estado que concurren a dinamizar el crecimiento, promover la productividad, fomentar una mayor articulación territorial, impulsar mejores condiciones de empleo y de institucionalidad laboral y proveer bienes públicos y protección social con clara vocación universalista y redistributiva. A estos retos, complejos y cuyo logro insume tiempo, se aboca la presente propuesta. Requieren un arduo trabajo técnico, de construcción de pactos sociales y de financiamiento para el desarrollo. Responden a un triple desafío: impulsar las economías de la región en aras del desarrollo, enfrentar la crisis y su inflexión histórica con nuevos instrumentos de política y saldar la secular deuda de desigualdad y exclusión social de la región. Por eso, la tarea urgente es reformar el sistema tributario y de transferencias, a fin de generar una mayor capacidad fiscal y colocar a la solidaridad social en el centro de la vida colectiva.

Estimados delegados y estimadas delegadas

Como decía Celso Furtado en su *Fantasia Organizada*, hay momentos en la historia en que la sociedad debe ser capaz de tomar conciencia de “las opciones que tiene delante de sí, aprendiendo que el destino también depende de ellas”.

Amigos y amigas

Si la ciudad de Brasilia es una metáfora de las políticas públicas aplicadas con decisión y de una realista ambición, y si estamos convencidos de que es esta, y no otra, la hora de la igualdad, no tenemos otro destino más que convertirnos *nos novos candangos da igualdade e com isso cumprir nosso mandato e contribuir para uma América Latina e um Caribe com presente e futuro melhor para todos.*  
*Muito obrigada*